



EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE DON FRAY BARTOLOMÉ

CARRANZA DE MIRANDA, ARZOBISPO DE
TOLEDO EN TIEMPOS DE FELIPE II.

ARTÍCULO 1.º (1)

Nació Bartolomé Carranza el año de 1503 en la villa de Miranda situada en la merindad de Olite á orillas del Arga que fecundiza aquellas campiñas. Su padre, Pedro Carranza, era un hidalgo honrado, pobre, que sirvió luego como hombre de armas en la compañía formada por el conde de Lerin, Condestable de Navarra. Del lugar de su nacimiento diéronle mas tarde su segundo apellido con que se le nombró mientras fué religioso en la órden dominica. A la edad de doce años, envióle su padre por consejo de algunos sacerdotes, que admiraban sus precoces facultades, á la nueva y brillante universidad fundada en 1508 por el cardenal Ximenez de Cisneros. Bajo el patrocinio de su tío don Sancho de Carranza doctor del célebre claustro, entró el jóven

estudiante, como alumno, en el colegio de S. Eugenio de Alcalá. Aunque niño y tímido, su aplicación le atrajo la benevolencia de sus preceptores, el maestro Angulo y el bachiller Salaya, que le recomendaron especialmente tres años despues al colegio de Santa Balbina donde bajo la direccion del doctor Almenara, empezó á estudiar lo que se llamaba artes ó ciencias filosóficas.

Murió en este intervalo el Cardenal Ximenez de Cisneros que, complacido en su obra, miraba alzarse mas cada dia el establecimiento que habia fundado.—Protegida por Fernando V y bajo la inmediata inspeccion de su ilustre protector, la universidad de Alcalá de Henares alcanzaba inmenso prestigio y singular renombre. Centro de la ilustracion del pais, asilo de las ciencias sagradas casi esclusivamente dominadoras, la naciente institucion contaba en su seno los hombres mas distinguidos de España y consultaban su opinion los mas sabios escritores de Europa. La ostentacion de su ceremonial, los recursos de que disponia, la pompa que prestaba á la ciudad la corte del cardenal-arzobispo, la concurrencia de célebres estran-

Agosto 8 de 1841.

(1) Véase la introduccion en el número anterior.

geros daban importancia y valor á la que, como Atenas eclesiástica, se citaba ya en el mundo. Parecia que su fundador, al apagar en las hogueras que devoraron los libros mahometanos los últimos destellos de la civilizacion árabe, quiso levantar una antorcha que esparciese por la España entera la luz del triunfante cristianismo. Los comentarios á las Santas Escrituras copiados por su orden, las obras de los Santos Padres y los concilios celebrados en la iglesia eran devorados por la fé ansiosa y activa ambicion de la juventud que acudia. Desterrando la bárbara gerigonza que como idioma latino se enseñaba, aplicáronse pacientes y celosos maestros á profesar en su pureza la magnífica lengua de Roma, san Pablo y san Gerónimo, Tertuliano y san Agustin hallaban intérpretes elocuentes que, explicando sus altas ideas, grababan la sana doctrina en el corazon de los discípulos que regeneraban á su vez el púlpito español. Las disputas teológicas, en moda y favor entonces, celebrábanse ante un público entusiasmado que acudia de pueblos lejanos á escuchar en su multiple aspecto, en su incesante variedad, el análisis de sus dogmas y la explicacion de sus símbolos.—En otra parte se leian con atencion las sabias leyes de los romanos y las disposiciones de las Partidas que revelaban el adelanto intelectual de un rey superior, por decirlo así, á su misma posteridad. En todas partes la cien-

cia, grave sí pero curiosa y atractiva, convocaba á sacudir las trabas de la ignorancia que envolvía al mundo apenas libre de la edad media; y Alcalá de Henares se presentaba como centro y foco del gran movimiento que despertaba á los pueblos de su letargo.

Murió Ximenez de Cisneros, pero vió al morir consolidada su obra. No solo era la Universidad un depósito de hombres eminentes, sino que los mas altos magnates solici taban, como gracia, el privilegio de educar en ella á sus hijos; y príncipes extranjeros anhelaban gozar los honores que acompañaban á los miembros de la naciente institucion. Era D. Sancho de Carranza uno de los mas célebres doctores de su claustro; pero su fama, mas que á libros concienzudos y trabajos extensos, era debida á la lucha que sostenia con el famoso escritor Erasmo de Rotterdam. Atacándolo continuamente en opúsculos que causaban impresion suma, habia alcanzado una reputacion envidiable, pero reducida á estrechos límites: su influencia recomendó á su joven pariente que se distinguia ya por su constante aplicacion y rotables adelantos. En esta controversia eterna, dejóse arrastrar Bartolomé Carranza por el entusiasmo general: únicamente preocupado con un porvenir religioso, anhelaba el momento de realizar los sueños de su noble ambicion, entrando en la activa milicia de las órdenes regulares: así, al aca-

bar su curso de filosofía, tomó el hábito de santo Domingo en el monasterio de Venalac situado en la Alcarria, á poca distancia de Guadalajara. A los diez y ocho años, corriente el de 1521, hizo profesión de fe sin faltarle un voto en el convento; y por aquel tiempo murió el arzobispo de Toledo, D. Guillermo de Crov duque de Cambresi y príncipe del Imperio, sin haber venido á España; entrando á sucederle don Alonso de Fonseca.

Fray Martin de Avendaño era prior de Venalac: la instruccion del jóven dominico y la pureza de sus costumbres llamaron pronto su atencion. Como si estuviese en los últimos años de su vida, apartábase Carranza de toda distraccion profana para entregarse al estudio y á las oraciones religiosas. Severo en sus opiniones, dulce en sus maneras, sostenia acaloradas disputas sobre puntos de doctrina, al paso que disculpaba con la mayor indulgencia los estravios que no versaban sobre puntos de fe. Fácil y ameno en su trato, incapaz de hacer sentir á sus compañeros la superioridad de su instruccion, era querido y respetado en el monasterio. Aprovechaba sus ratos de ocio en solitarios paseos por los tristes campos de la Alcarria, ocupado en vastos planes de escritos religiosos. Allí, aunque confusamente llegaban los ecos del estrépito que causaba en Europa la palabra de Lutero: su marcha triunfal hasta Worms,

su conducta durante la dieta, la proteccion del elector de Sajonia y la irritacion del papa conmovian á todo el clero español asombrado al ver la audacia del oscuro agustino: la noticia de sus progresos espantaba á los frailes sordamente divididos en sus monasterios y aguardando con ansia la resolucion del Emperador. Decíase unas veces que Carlos V habia abrazado la causa de la reforma con los españoles que le acompañaban: asegurábase otras que habia mandado quemar en hoguera pública á Lutero; y en estas alternativas fermentaba un descontento secreto en los claustros que miraban con temor la conducta del soberano en los conflictos de Alemania. Atribuíanle, al ver su indecision, pensamientos de heregía; pero si tuvo alguna vez intencion de abrazar la reforma, fuerza es confesar que pasó pronto este proyecto sin producir resultados. La posicion de Carlos V era crítica en las turbulencias religiosas: su conciencia y su educacion le habian hecho sinceramente católico; sus intereses políticos le hacian vacilar. Los flamencos, españoles, estrechamente apegados á la religion de sus padres, se manifestaban contrarios á las opiniones nuevas; y el emperador abrió la dieta de Worms con ánimo resuelto de estirparlas. Pero apenas abierta, consideró con espanto las profundas raices que habian echado en una parte del imperio, y temiendo chocar con su

ardiente protector el elector de Sajonia á quien debia la púrpura, recelando tal vez perder su corona, eligió la única política posible, la de la contemporización hasta sondear la profundidad del mal. Sus intentos parecían sin embargo sospechosos á los prelados españoles, y aumentábanse los recelos con la correspondencia de Alemania que pintaba en exageradas frases los terribles progresos de la heregía.

En el apartado recinto de su monasterio, tuvo lugar Carranza de estudiar el movimiento luterano. Preguntábanle alguna vez los frailes los casos de disputa, y esplicábales las diferentes maneras de considerar el dogma tal como se le habian hecho concebir las confusas noticias que llegaban. Pero dando poco abrigo á las sospechas, no dudaba de las intenciones de Carlos V cuya religion y pureza defendia. Nutrido con los escritos de los santos Padres, procuraba interpretar con ellos las frecuentes alegorias del antiguo Testamento cuya esplicacion vulgar no le bastaba. San Agustin era el compañero de sus solitarias escursiones y la Summa de santo Tomás su libro favorito.

Pasáronse así algunos años hasta que en 1525 fué nombrado colegial de S. Gregorio en Valladolid. Dedicóse á la teología con ardor bajo la direccion de fray Diego de Astudillo su maestro, y sus estudios y conclusiones escitaban frecuentes disputas entre los doctores mas afamados. Sus

profundas meditaciones sobre el dogma levantaban su naciente reputacion, al paso que la lectura de los libros alemanes y algunas conferencias con solapados hereges, vertian, á pesar suyo, un germen de duda en su pensamiento, debilitando con extrañas consideraciones la pureza de su fé. Y no por eso sentíase dispuesto Carranza á tolerar ni perdonar el luteranismo; pero, haciendo justicia á la profunda instruccion de sus defensores, apartábase un tanto del entusiasmo pontifical con que empezó su carrera. Alguna vez discutia con fray Miguel de san Martin, presentado y lector de su colegio: las ceremonias eclesiásticas eran el asunto de su conversacion, y Carranza restringia siempre la potestad de los papas, señalándole límites asaz estrechos en concepto de su compañero. Defendiendo con calor los intereses de España, oponíase fuertemente á la invasion del poder apostólico en asuntos de su disciplina: calificaba de vulgares muchas opiniones, y esplicaba el sentido que debia darse á ciertos textos de las Escrituras. Así veíase, por forzosa consecuencia, obligado á admitir, sin sospecharlo, algunas ideas heterodoxas, aunque sincero en su catolicismo, odiaba á los secuaces de Lutero. La polémica entablada por su tio le hizo conocer á Erasmo: estudió con ansia sus escritos, notando que defendia con copia de razones sus argumentos. Insensiblemente acabó

por simpatizar con él en puntos de doctrina y defender algunas de sus conclusiones como católicas y racionales. Sus observaciones sobre el sacramento de la penitencia y la confesion de pecados veniales ejercida con frecuente repeticion, parecieronle superiores á las ideas admitidas comunmente: y examinando detenidamente el Apocalipsis, creyó con Erasmo que no era S. Juan Evangelista el autor de esta magnífica obra, si no un presbítero del mismo nombre que escribió siglos despues.

Aunque algunos de sus compañeros se escandalizaron hasta el punto de delatarlo secretamente al santo Oficio que desatendió como leves y nimias estas deposiciones aisladas, su constante aplicacion, su ardor religioso y la pureza de su conducta le recomendaban eficazmente á sus superiores. Encomendáronle en 1510 una cátedra de artes; nombráronle tres años despues regente de teologia; y muerto fray Diego de Astudillo en 1534, sucedióle Carranza en la regencia mayor de ciencias teológicas. Murió tambien D. Alonso de Fonseca, y pasó á ocupar la silla primada el cardenal D. Juan Pardo Tavera, arzobispo de Santiago y presidente de Castilla.

Habíase celebrado entretanto la dieta de Augsburgo, famosa por la confesion, que lleva su nombre, leída ante el mismo emperador: los protestantes, sostenidos públicamen-

te por príncipes y electores, habian adquirido una importancia política que hasta entonces les faltaba, y Carlos V luchaba con adversa fortuna en Alemania para poner coto á la preponderante heresia. Bartolomé Carranza se manifestó como su mas ardiente adversario, y sus sermones públicos anatematizaban en vehementes frases las doctrinas que acerca de la transubstanciacion les aplicaban Zuínglio y Lutero, divididos ya en sus opiniones y proclamándose gefes de sectas diferentes. Nombrado consultor del Santo-oficio de Valladolid, dedicóse constantemente á estirpar los errores y á prohibir los libros que sospechosos le parecian. Ya predicando en su iglesia, ya discutiendo en el claustro, ya explicando en su cátedra y dirigiendo la educacion de la juventud, todas sus horas, todos sus pensamientos estaban consagrados á la causa de la religion. Su cabeza firme no se cansaba jamás y parecian inagotables sus fuerzas. Destinado al capítulo general que celebraba su orden en Roma, púsose en camino con harta curiosidad de ver en su magnificencia la capital del mundo cristiano. Era en Marzo de 1539, y su viaje fué lento é insoportable para el ardor del dominico deseoso de entrar en la ciudad que llamaban Jerusalem santa los católicos y los hereges Babilonia prostituida.

Duraban aun las magníficas y elegantes tradiciones de Leon X, y los

suntuosos palacios y los restaurados edificios cubrían por do quiera las calles de Roma. Las desnudas estatuas, los broncees antiguos inundaban los salones de los prelados. Cubiertas de pinturas las paredes, ostentaban las ¡graciosas! creaciones de la mitología, al paso que un lujo refinado y sibarítico rodeaba las habitaciones de los cardenales. Este espectáculo sorprendió al fraile dominico acostumbrado á la severa sencillez de su monasterio. Como todos los hombres preocupados por constantes estudios, despreciaba los placeres materiales: sin otro fin que un objeto puramente religioso, miraba como pompa vana y réproba las producciones que encantan la imaginacion. Su primer sentimiento fué un desengaño: venia á buscar la arena del combate, creia hallar una sociedad armada de punta en blanco para resistir á la reforma, y la encontraba irritada si, pero muelle y tranquila, confiada en su fuerza, sin calcular la voracidad del incendio que amenazaba al dogma católico. Si este disgusto entibió su ferviente celo, no apagó su fé ni su modesta confianza. En el convento de la Minerva donde se celebraba el capitulo general, defendió conclusiones que le grangearon universal aprecio: la profundidad de su instruccion religiosa sorprendió á los prelados romanos: honrábase su orden con miembro tan eminente, y en el mismo capitulo fué nombrado por aclamacion doctor y maestro de

teología. Halláronse presentes los cardenales Carpi y Carrafa, D. Pedro Sarmiento, arzobispo de Santiago, D. Francisco de Quiñones, ex-general de la orden de S. Francisco, D. Juan de Salazar, obispo de Aluncano; y el embajador de España D. Juan Manrique, marques de Aguilar, desplegó para asistir á aquel acto suma pompa y notable ostentacion. Los personajes españoles residentes en Roma acudieron á presenciar el triunfo del humilde dominicano, y Paulo III, ardiente campeón del dogma católico, le autorizó públicamente para leer libros prohibidos, con la esperanza de dar un defensor mas á la amenazada iglesia.

Poco deslumbrado con lisonjas y alabanzas, disgustado con la violencia de opiniones que la lucha producía, descontento del catolicismo de los prelados que se entregaban á profanas lecturas, Bartolomé Carranza únicamente ocupado con las ciencias religiosas, desatendió las delicias de la capital romana. Satisfecho con la autorizacion pontifical que le permitia entregarse en su retiro al estudio imparcial de las cuestiones pendientes, púsose en camino para España adonde llegó á mediados del otoño, con ánimo de consagrarse esclusivamente á la enseñanza de la teología.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

EXAMEN [FILOSÓFICO DEL TEATRO ESPAÑOL.
RELACION DEL MISMO CON LAS COSTUM-
BRES Y LA NACIONALIDAD DE ESPAÑA.

(Continuacion.)

Otro de los esclarecidos héroes de España y pintado con el colorido mas maravilloso y romancesco, es el célebre conde Fernan Gonzalez, que ganó segun la crónica general la independencia del condado de Castilla. Despues de contar sus grandes cualidades y sus guerras con el Rey de Navarra, y el conde de Tolosa, á quienes mató en accion, refiere el siguiente acto caballeresco. «E despues quel conde Ferran Gonzalez ovo arrancado el campo, descendió de su caballo, é desarmó al conde de Tolosa con su mano, é de sí fizol llevar á vestir de un xamete mui rico, que ganara, quando venció al Moro Almanzor, é mandó fazer un ataud, é cubriol de un paño de oro; é metió dentro el cuerpo del conde, é fizo pregar el ataud con crávos de prata; é soltó todos los caballeros que tenia presos del conde de Tolosa, é dioles aver para la despena, é fizoles pirar que non se partiesen de aquel señor fasta que lo oviesen llevado á su tierra» (1) Fernan Gonzalez habia vencido y muerto en batalla al esforzado conde de Tolosa; pero se trataba de ser generoso y caballero despues de la victoria, y entonces no se contenta con desarmarle por sí, con vestirle ricamente y prepararle magnífico ataud: suelta á sus caballeros y les ha-

ce jurar que no abandonarán á su señor hasta dejarle en su país. El romanticismo en los sentimientos no puede ir mas lejos.

La crónica refiere despues que su reina doña Teresa, madre del rei don Sancho, enemistada con el conde Fernan Gonzalez, prometió á este en casamiento la hija del rei de Navarra, á fin de que fuese en el último y pudiese ser preso, como en realidad sucedió. Mas habiendo pasado por Castilla un conde lombardo, oyó las señaladas proezas de Fernan Gonzalez, se entusiasmó con él, y empeñose en libertarle: para ello encamina sus pasos al castillo de su prision, habla con él, y se dirije lleno de confianza á la Infanta de Navarra, diciéndola que es deshonor suyo, que tan buen caballero como el conde padezca por su causa. La imaginacion poética de la Infanta se arrebató y enternece al oír al lombardo, y envia al castillo una doncella: se entera de los padecimientos del conde de Castilla, y pasa ella misma á la prision, donde júranse amor y matrimonio: la Infanta lo dispone todo y logra la fuga del conde, en la que ocurrió la siguiente notable y romántica aventura. «Salieron del castillo luego, é dejaron el camino francés, é metiéronse por un gran monte de la montaña que iba á la parte siniestra; é porquel conde Fernan Gonzalez non podia andar por los fierros que llevaba mui grandes, ovolo la Infanta á llevar una gran pieza á cuestas. E andovieron así toda la noche fasta otro día bien claro, que se metieron en un monte muy espeso, que y estaba cer-

(1) Pág. 55, segunda de la Crónica general de Alfonso el Sabio.

ea, porque los non vieses, nin los conociesen ninguno. E ellos estando asi ascondidos en aquel monte, ovieron de verse una hora en muy grande cuita, ca un Arapreste del castillo, ome malo é avol, fue á cazar, é andando por aquel monte, cayeron en rastro los podencos, á do estaba el conde y la Infanta, do estaban ascondidos. E quando los vido, plogol mucho con ellos é díjoles: «Donos traidores non vos podeis ir, nin escapar de mano del Rei don García, que el vos dará malas muertes á dos, é si cuydades foir, non lo croades. E el conde Fernan Gonzalez le dijo. Ruego vos, amigo, que nos tengades poridad, é prometo vos, si lo facedes que yo vos dé en Castiella una ciubdad de las mejores que yo oviere, que siempre le ayades por heredad. E el Arcipreste, como era ome malo é sin mesura, dijol. Conde: si vos queredes que esto sea en poridad, dejadme comprir mi voluntad con la Infanta. E quando el conde le oyó dezir tan desaguisada cosa, é tan malas, pesol mucho de corazon, bien asi como si le diese una gran lanzada en el corazon, é dijol, quel demandaba cosa mui sin razon, que queria gran soldada por tan poco trabajo. E la Infanta, como era muger entendida, e de gran seso, dijo al Arapreste como en arte. Amigo, todo lo que vos quisiéredes, todo lo quiero yo fazer, ca por esto non nos queremos morir, nin perder el condado, ca mucho mas vale que partamos el pecado entre nos todos tres: mas agora á menester que nos apartemos amos á un logar, donde el conde non nos pueda ver, ca averie parende gran pesar; é

vos desnudarvos hedes de los paños, é dadlos al conde, é güardarlo ha tan de mientra. E quando aquesto oyó el Arapreste, tovoise por bien pagado, porque cuydó que todo su preito era bien parado: mas el pracer tornose en al, é cuydando confonlir á otri, quedó confondido como ome malo é deshonorado. E de si apartáronse amos cuanto un poco, é el Arapreste cuydando luego comprir su voluntad, travó della, é quisola abrazar; mas la Infanta doña Sancha, como era buena dueña, travó del mui atrevidamente, é diol una tirada contra sí, diziendo. «D. traidor, bien cuido yo agora vengarme de vos, é ella teniendol asi; llegó el conde con un cochillo en la mano, é matol allí; é tomáronle la mula é el azor, é los podencos, é toviéronlos allí fasta la noche, ó si cavalgaron en la mula, é llevaron el azor. é los podencos, é fueron su via (1).»

Mientras tan sinulares y poéticas aventuras sucedian al conde de Castilla y á la esforzada infanta de Navarra; los honrados castellanos, llenos de amargura por la prision del primero, discutian los medios de libertarie; y Nuño Sandias y Nuño Laiméz dirijieron el siguiente discurso á los 300 caballeros reunidos al efecto. «Amigos; yo vos lo diré, pues que asi es; nos fagamos mia imagen de piedra á semejanza del conde, é asi fecha, fagamos todos jurar sobre aquella imagen la güardar todos; é besámosle la mano, asi como si fuese ella el conde Ferran Gonzalez, é pongámosla en sómo de un carro, é llevé-

(1) Pág. 65 de la misma crónica.

mosla entre nos: é fagámosle pleito homenage por amor del conde, que el que á Castiella tornare sin ella, seya traidor, é non foir, fasta que ella misma fuya; é vayamos con esta imagen á buscar al conde; é el que tornare sin él, que finque por traidor; é pongámosle á la imagen la seña de Castiella en la mano, ca yó vos digo, que si el conde era fuerte señor, mucho mas lo será este que nos así llebaremos» (1). Los castellanos aprobaron el pensamiento, hicieron la estatua y se encaminaron con ella á buscar al conde Fernan Gonzalez. Continuando la crónica las romancescas aventuras de este, refiere que el rey D. Sancho convocó á cortes al conde de Castilla, y le prendió por haberse alzado con el condado. Al saber su prision, 500 caballeros salieron con la infanta de Castilla para libertar al conde. Los primeros se emboscaron en un monte, y la segunda en hábito de peregrina para Santiago, se presentó al rey su primo, y le pidió permiso de ver á su marido. El rey se lo concedió, mandó quitar al conde las cadenas, y preparar un lecho en que durmiesen ambos: al día siguiente la infanta engañó al portero de la prision; y el conde disfrazado con los vestidos de romana, que su muger le habia puesto, escapó en un caballo dispuesto al efecto. D. Sancho, al saber su fuga, reprendió el hecho á la infanta, quien contestó que era su deber obrar así, y que no se deshonrase imponiéndole ningun castigo. «E despues que ovo la conde-

sa acabada su razon, respondió el rey D. Sancho, é dijol. «Señora condesa, vos feziste muy bien, é á guisa de muy buena dueña, é será contada la vuestra bondad para siempre; é mando á todos mis vasallos, que vos lieven, fasta do está el conde, é que non trasnochedes aqui, sinon esta noche; é los Leoneses fizieron asi como el rei les mandó, é lleváronla mui honradamente como dueña de alta guisa, (1) Eran tiempos de las mas arrojadas empresas, de los sacrificios mas heróicos y en que solo se obraba con la imaginacion y el corazon. Tales tiempos no podian menos de ser altamente poéticos; y no es de extrañar que con tan dramáticas costumbres, tinte tan sublime y romancesco tomase despues el teatro Español en la fecunda, caballeresca y oriental nueva de Calderon y de Lope de Vega.

F. GONZALO MORON.

SEGUNDA SECCION.

AMENA LITERATURA.

LA MALIBRAN GARCIA.

Tanto ruido ha hecho en Europa la célebre cantarina de origen español que no estará de mas dar algunas noticias suyas. En todos los grandes teatros de Europa, ante todos los personages que han figurado en el mundo ha mostrado sus maravillosas facultades aquella ini-

(1) Pág. 64 de la citada crónica.

(1) Págs. 65 y siguientes de la misma Crónica.

mitable artista cuya viveza de carácter, cuya figura misma acusaban la sangre andaluza mas bien que la educacion francesa. Y sin embargo, por una escepcion poco ventajosa para nuestro pais, ningun teatro de Madrid ha podido convidarla en su larga carrera: y con todo acusamos á los artistas españoles porque prefieren los aplausos del extranjero y olvidan su patria. Tomamos los datos siguientes de los escritos de fite-ratos contemporáneos que han tenido ocasion de tratar intimamente á la célebre cantora.

Maria Ventura Garcia nació en Paris el año de 1808. Su padre, Manuel Garcia, compositor distinguido, gran actor, gran cantor, y sobre todo gran maestro de canto hizo por sí mismo la educacion música de su hija. Como Rossini, á quien su padre tuvo que poner de aprendiz en el taller de un herrero para hacerle preferir la música á otro cualquier estado, Maria no manifestó de pronto grandes disposiciones hácia el arte en que debia brillar con un esplendor único y sin igual. Lo raro es que la naturaleza no la habia dotado bien en esta parte. Si poseia el sentido músico, lo que se llama buen oido y que el trabajo no puede dar nunca, en cambio tenia un órgano muy defectuoso, una voz ruda, sorda, áspera. Muchos padres y muchos maestros hubieran declarado que nunca conseguiria cantar medianamente. Garcia no se desconsoló, pero la pobre niña pagó caras las preciosas lecciones que recibió en la casa paterna. Sus primeros años de estudio fueron muy penosos:

mas de una vez acabó su leccion llorando, pues mas de una vez le hicieron la aplicacion del antiguo proverbio castellano: la letra con sangre entra. Apenas hubo salido de la infancia, cuando la hicieron salir á las tablas. Se estrenó en Londres, con papeles insignificantes, sin esplendor, sin ruido, pues su talento acababa de nacer; y Londres que por otra parte recompensa con tanta magnificencia las reputaciones adquiridas, no es el pais en que se desarrolla y se adivina el talento. Poco despues Maria siguió á su padre á New-York. Allí, sin tener mas de diez y seis años, se casó, obediente siempre, con un comerciante francés de edad madura, pero que pasaba por opulento, y que debia, al sacarla del seno de su familia, sacarla tambien del teatro. Dichosamente para el arte no sucedió así. Alcanzado por reveses de fortuna, M. Malibran declaró pronto á su joven esposa que su sueño de gran señora habia acabado, y que era necesario volver á ser artista. Entonces, con ese nuevo nombre que debia hacer tan célebre, Maria apareció otra vez en el teatro de New-York al lado de su padre. Un trabajo tenaz, el sentimiento de su fuerza y la necesidad de la gloria, hacian crecer cada dia y ensancharse su talento. Conoció que podia brillar en escena mas vasta, ante un público mas amigo de su arte; marchó á Paris.

Rossini que la habia oído, aun niña, tartamudear sus primeras escalas en el piano de Garcia, reconoció al punto la altura de su talento, y predijo el porvenir que la aguardaba. Despues de haber-

se ensayado en el salon de la señora de Merlin, ante un auditorio escogido, la Malibran subió á la escena de París, al teatro temido por los mas consumados artistas. Era, sino me engaño, en 1827: tenia entonces diez y nueve años. Tuvo lugar su estreno en la sala de la ópera francesa en que se representaba la *Semiramis*, á beneficio de Galli. La jóven cantora, aplaudida con arrebatados transportes desde que atravesó el teatro con un paso noble y gracioso, desde que hubo hecho oir los primeros acentos de su voz poderosa, se levantó á nuevas alturas, y tomó asiento con acuerdo unánime entre los talentos de primer orden. Inmediatamente fué contratada como *prima donna* en el teatro italiano. Desde entonces su vida de artista no es mas que una serie no interrumpida de triunfos cada vez mas señalados. Sostenida, dirigida por los sufragios de un público ilustrado, apasionada por su arte tanto como por la gloria que en él adquiria, alcanzó á sus mas ilustres rivales, y hallando en su alma enérgica nuevos recursos y nuevos secretos, se adelantó á todas, las eclipsó á todas, dejó á mucha distancia en la admiracion de los hombres, las que vivian y las que vivieron. La Malibran es indudablemente la mayor celebridad teatral del mundo. Ha recorrido triunfante la Francia, la Italia, la Inglaterra, y una parte de la Alemania. En todos los paises le han prodigado honores inauditos: se llenarian tomos en folio con los versos escritos en su alabanza: han desenganchado sus caballos, la han llevado en brazos de la turba, tropas formadas en batalla la han pre-

sentado las armas: subida en fin, sobre el trono del arte, ha recibido los honores que se reservaba la dignidad real.

Su carrera tan corta y tan brillante estuvo tan llena de trabajo como de gloria. Apenas puede esplicarse como ha podido tener facultades para tantos viajes, tantos estudios, tantas representaciones. Se la ha visto en París concluir con el repertorio del teatro italiano: se la ha visto tomar indistintamente el papel de *Semiramis* ó el de *Arsace*, el papel de *Zerlina* ó el de *Ana*: ser alternativamente viva y graciosa en el *Barbero de Sevilla*, sencilla é inocente en la *Ceneréntola*, noble y orgullosa en *Tancredo*, patética en la *Gazza ladra*, sublime en *Otelo*, tan trágica como Talma, tan bufona como Lablache. Desde que dejó á París habia aprendido, ó mas bien creado muchos papeles nuevos, *Norma*, *Romeo*, la *Somnambula*. Pronta á volver al redil, á aquel París que la habia visto nacer y engrandecerse, ensanchando el círculo de su talento, iba á poner el sello á su reputacion, justificándola en la capital de las artes, y quizás á ver realizar en fin el único deseo que no habia podido conseguir; el de fundar un carácter, pintado para ella por Rossini, en compañía de los escogidos artistas que reúne el teatro italiano. Su muerte ha sepultado en la tumba tan hermosas esperanzas.

Poco antes de morir, habiendo hecho disolver su primer matrimonio que manchaban graves nulidades, fué á París á unirse en presencia de sus amigos y de su familia al hombre de su eleccion, al hombre verdaderamente digno de ella

y el único que ha pedido, en la turba de sus adoradores envanecerse con un amor correspondido. La noche de la ceremonia, cuando se consideraba dichosa con llevar un nombre nuevo, y contenta con poder llamarse madre en alta voz, algunas personas se reunieron á su lado en la casa que vivía. A sus parientes, á sus amigos particulares se juntaban las altas ilustraciones músicas; Rossini, Meyerbeer, Auber, Mercadante, Halevy, Nourrit etc. Solo echaba ella de menos entre los unos, al jóven Bellini, muerto en la flor de su edad; y entre los otros á Lafayette, que la había amado como un padre, y que le decía frecuentemente con mucha gracia: «Maria, ciertamente sereis mi última pasión» La tertulia se hizo de pronto un concierto que empezó casi por casualidad y acabó á las dos de la mañana: no había mas que tres ejecutores: ¿mas donde encontrarlos iguales? eran ella, Beriot y Halberg. Este los oía y se hacía oír de ellos por primera vez. Los tres se electrizaraban mutuamente luchando en grandeza y en perfección. El auditorio estaba lleno de embriaguez, de entusiasmo y no se borraron en mucho tiempo las sensaciones de aquella noche.

La Malibran, dotada de una concepción rápida y de admirable fuerza de voluntad, conseguía el mismo éxito en cuanto emprendía. Hablaba perfectamente cuatro lenguas y las empleaba todas cuatro en conversaciones cruzadas con varios interlocutores, sin confundirse jamás. Eran el español, lengua de sus padres, el francés su lengua de educación, el italiano, su lengua ar-

tística, y el inglés su lengua de viaje. Sabía también algo de alemán. Con destreza y habilidad raras, se aventajaba en todas las obras de dedos: si veía algún trabajo de muger desconocido, apenas volvía á su casa, mandaba á buscar los objetos necesarios, se ponía á la obra y sobrepujaba pronto á sus modelos. Sin haber aprendido nunca á dibujar, hacía retratos muy semejantes, y sobre todo caricaturas llenas de viveza y de malicia. En fin, en su pasión de saberlo todo y de hacerlo todo, le eran muy familiares los ejercicios mas violentos del cuerpo. Nadaba, tiraba al florete y á la pistola, hacía juegos de fuerza y de destreza, y montaba á caballo con una gracia, un aplomo, un valor admirables.

Como todas las celebridades, como todas las personas que atraen poderosamente la curiosidad pública, la Malibran ha sido blanco de las lenguas maliciosas. Se han contado fabulas ridículas acerca de su historia, su persona, sus costumbres y su carácter: los que las publicaban hubiesen sido los primeros á quienes hubiesen causado escándalo, si hubiesen tenido alguna intimidad con ella. La vida de una muger como la Malibran, está sobrado expuesta á la vista del público para poder ocultar el menor defecto, la mas pequeña falta. Tal vez, en los arrebatos de su alma ardiente, ó en la sencillez encantadora de su carácter, se permitió esas ligerezas, esas inconsecuencias que los sabios del mundo perdonan menos que las faltas ocultas. Mas ¿en donde se hallarían, no digo en el teatro,

sino en la sociedad, costumbres mas severas y mas puras, carácter mas recto, mas noble, mas generoso? Si fuese necesario recoger y publicar los rasgos de beneficencia que han honrado su vida, haríase una obra tan larga como la coleccion de las alabanzas dadas á su talento. Era poco para ella prodigar el dinero, porque ganaba mucho: el modo de hacer un favor doblaba el beneficio.

En 1829, una jóven inglesa, corista en el teatro italiano de Paris, no teniendo recursos para seguir la compañía en Londres, proyectó dar un concierto en casa de una persona benéfica que le prestó su salon. Siempre dispuesta á hacer favores, la Malibran consintió en cantar, y su nombre bastó para reunir numerosa sociedad. Aquella noche, contra su costumbre, se hizo esperar y llegó tarde. Acabado el concierto llamó á parte á la beneficiada: «os he prometido consagraros la noche, pues bien! he hallado medio de recoger dos cosechas. Antes de venir aquí he cantado en el palacio del duque de Orleans y aquí teneis los cien duros que me ha dado!» Al mismo tiempo ponía en manos de la pobre estrangera un bolsillo lleno de monedas de oro.

Amable y graciosa con sus compañeros de teatro, de cualquier clase que fuesen, procuraba borrar la distancia de su posición á la suya.

Y no solamente con palabras sino con hechos los trataba como con hermanos. Un pobre bailarín, llamado Durante, que habia muerto entre los bastidores del teatro de san Carlos, de un ataque de apoplejia, dejó en la mayor miseria

á su muger y á sus hijos. La Malibran despues de haber prometido á su viuda cantar en su beneficio, hizo contribuir á sus amigos segun la fortuna de cada uno, y orgulloso en esta ocasion del favor que gozaba en la corte, se presentó al rey de Nápoles.

— Señor, le dijo, estoy pidiendo por la familia de mi *camarada* Durante. La reina y el príncipe de Salerno me han dado cien duros cada uno; espero que V. M. no querrá ser menos generoso que sus augustos parientes.

— ¿Cuánto exigis quo os dé? respondió sonriéndose el rey.

— Doscientos duros.

—Allá van, y se los dió.

La Malibran, confiada en la fuerza de su temperamento, trabajaba noche y dia sin descanso. Este es el verdadero desórden de su vida. El amor al arte, esa pasion invencible que ha devorado tantos grandes artistas, la ha matado en lo florido de su juventud. Frecuentemente, despues de haber cantado Otello ó la Gazza, quedaban tirantes sus nervios como una cuerda que por largo tiempo vibra.

La Malibran murió á los veinte y ocho años: el dia antes de sentir los primeros ataques de la calentura nerviosa que la condujo al sepulcro, estaba contenta y alegre. Por la noche cantó con Lablache el duo de la *Prova* y con la Corradori, un duo de Mercadante. Su canto fue sobre humano, porque era el canto del cisne despidiéndose de la vida. Manchester estaba lleno de dolor con la noticia de su enfermedad, y su muerte fue una pérdida para el mundo.

F. ESPINOLA

AL DISTINGUIDO ARTISTA
D. ANTONIO MARIA ESQUIVEL.

Mil lauros, artista;
Venciste al destino
Que á un soplo divino
Al tártaro huyó.

Mil lauros tu frente
Coronen de gloria:
La dulce victoria
Tu genio alcanzó.

Cedió por fin, cedió; que fuera injusta
Contigo en demasia
La suerte cuando adusta
Privó á tus ojos de la luz del día.

El lauro que en tu frente se ostentaba
Marchitar quiso en vano;
Su influjo no alcanzaba
A romper su corona al soberano.

Y rival enojada de tu gloria
Meditó en su locura
Para alcanzar victoria
Dejar tus ojos en tiniebla oscura.

Y á la dorada lumbré de los cielos
Opuso candelosa
Espesísimos velos
Que lobreguéz causaron horrorosa.

Y en vano entonces, en tu afán, artista,
Levantabas osado
Tus pupilas sin vista
A la esfera en qué el sol gira encumbrado.

El astro hermoso para ti no ardía;
La tierra sus colores
En la sombra escondía
Negándote sus gracias y primores.

Las cristalinas líquidas corrientes
Murmurar escuchabas,
Y los frescos ambientes
Del soto embalsamados aspirabas.

Mas de las linfas el bruido espejo
Que entre la yerba asoma
No vías, ni el reflejo
De la flor desplegando el suave aroma.

Los apacibles cánticos sonoros
De las aves del prado
Y el eco de los coros
De las hijas del bosque consagrado,

Llegaban hasta ti, pero no vías:
Los bellos ruiseñores
Volar siendo las guías
De las Ninfas graciosas de las flores.

¡Oh cuán debiera desgarrar tu pecho
El olor de la rosa
Que en las auras deshecho
Percibías en nube vaporosa!

¡Cuán herite debiera el blando arrullo
De la limpia corriente
Al lamer el capullo
Que inclinaba el clavel lánguidamente.

Triste debió serte la mañana
Con su grata armonía,
Y su brisa liviana
Fragante con el ámbar y ambrosia!

¡Y el eco dulce de la voz graciosa
Del inocente niño
Que llama á su amorosa
Madre que le prodiga su cariño!

¡Y el magestoso grave movimiento
De la celeste esfera
Y las voces del viento
En la noche agitando la pradera!

Y de la lluvia el compasado ruido
Y el del rayo inflamado
Al caer despedido
Del vapor en los aires agrupado!

Y el horrendo crujir de las encinas
Al llano despeñadas
De las altas colinas
Dó fueron por los vientos arancadas!

Y el cántico nocturno del amante
Junto á la dura reja
Donde está palpitante
De amor la hermosa á quien su amor se queja!

Es preciso morir, morir primero
Que perder esa lumbre
Que del astro hechicero
Refleja al mundo la celeste cumbre.

Es preciso morir; la vida insulta
Al ánima que vive
En su cárcel oculta
Y que del sol los rayos no recibe.

El encanto mayor de la existencia,
El bien mas halagüeno,
La mas preciada herencia
Es ver el día con su luz risueño.

El sonido, el olor, el soplo grato
Del céfiro amoroso,
Menos son que el retrato
Del mundo siempre espléndido y lujoso.

Lumbre, sí, lumbre; para mí la vida
Es ver la pura llama
Que viene desprendida
Del sol y por el mundo se derrama.

Y tú, sublime artista, que naciste
Para admirar del mundo la belleza
Y las gracias copiar de que se viste
Con mágica espresion y gentileza,

Goza al verte otra vez en los verjeles,
Y retrata sus fuentes y primores;
Apresta en tu alegría los pinceles
Y añade á tu corona otras cien flores.

¡Oh qué inmenso placer, qué dicha y gozo
Bebido habrá tu corazón inquieto
Al ver bañado en luz el calabozo
Dó estubo al llanto y al dolor sujeto!

Ni el volver á su patria el desterrado
Tras largo padecer en su abandono;
Ni el anclar en el puerto suspirado
La nave que del mar sufrió el encono.

Ni el ver del soto en la tranquila calma
El arroyo el sediento caminante;
Ni el encontrar el idolo del alma,
Que perdido lloraba, el tierno amante,

Podrá de ese placer dar una idea;
Podrá de esa ventura ser bosquejo,
Cual lo es la llama de la débil tea
Comparada del sol con el reflejo.

La luz era tu bien, tu amada y vida;
Su ausencia ingrata, insoportable, horrible...
Verla otra vez de lujo revestida
Es encanto mayor, inconcebible.

Ese placer absorbe en sí hechicero
Lo inefable, lo angusto y voluptuoso
Del beso del amor casto y primero,
Del abrazo materno y amistoso.

Lumbre, sí, lumbre para ver el mundo;
Lumbre para gozar de su hermosura...
Lumbre hay ya para tí, sal del profundo
Círculo estrecho de tu niebla oscura.

Otra vez alza tu atrevido vuelo
Sueltas del lazo tus ligeras alas;
Del diamante purísimo del cielo
Registra los colores y las galas.

Tuyo es el mundo, esclarecido artista;
Aguila renaciste de tu noche;
Tu recobrada y ambiciosa vista
Sorprenda al sol en su dorado coche.

Y con él recorriendo desde oriente
Las celestiales bóvedas eternas,
Baja tras las montañas de Occidente
A registrar del mundo las cavernas.

Lleva tu planta hasta el umbral divino
Sin recelar tu rumbo temerario,
Y en denodado vuelo peregrino
Visita hasta de Dios el santuario.

Evoca el tiempo; llama las remotas
Horas de la creación; y por tu acento
Del porvenir las ligaduras rotas
Audaz contempla el mundo des tu asiento.

Y máuéstranos el mundo que ha pasado;
Y retrata las horas del presente;
Y el tiempo á lo futuro encadenado
Tu pineel anticipe á nuestra mente.

Feliz, feliz; tu genio enaltecido
Viva encumbrado en el celeste espacio;
Es poco para el genio esclarecido
El limitado torrenal palacio.

¡Y quiso la fortuna en sus rigores
Doblegar tu cerviz, pisar tu frente!!
Cuando los astros pierdan sus fulgores
Entonces morirá tu genio ardiente.

Y es triste que al cantor cierre el oído
Y ciego del pintor la vista ansiosa;
Es triste que al poeta enardecido
Deje la frente sin color, rugosa (1)

Yo canté tu dolor, y era mi pena
Del corazón el sentimiento puro;
Y puro es el placer que hoy me enagena
En el retiro de mi vida oscuro.

Cambia en alegre risa tu amargura,
Tu destino aplacó su saña impia:
Si un canto me inspiró tu desventura
Otro mi lira en tu placer te envia.

Si es áspera mi voz, y si no agrada
Al corazón el eco de mi acento,
¡Ay! en el tuyo no lo des entrada
Y déjale perderse por el viento.

Que viento son no mas mis alegrías
Y me nutre la suerte de dolores,
Que por mis ojos en corrientes frias
De mi primera edad secan las flores.

Y es triste que al cantor cierre el oído
Y ciego del pintor la vista ansiosa...
Es triste que al poeta enardecido
Deje la frente pálida y rugosa!!

JUAN VILA Y BLANCO.

Madrid y Marzo 21 de 1841.

(1) Ultima estrofa en la composicion al mismo artista en los dias de su desgracia.

TEATROS.

Representóse en la noche del viernes, en el teatro del Circo, el drama nuevo, traducido del francés, intitulado *El Terremoto de la Martinica*. Aunque era insoportable el calor, acudió mucha gente por ver las decoraciones de que habian hablado los periódicos. En realidad lo merecian. La primera del calabozo es sencilla y de buen gusto: desde una ventana, baja en ancho reflejo la luz al interior del subterráneo, y este difícil efecto de óptica está representado con una valentía admirable. Escelente es la decoracion de la ciudad, mirada desde la galería; pero la mejor sin duda es la final, cuando cayendo las murallas de la prision, aparece en ruinoso panorama la ciudad destruida: perfectamente entendidas la luz y la distancia, hay ambiente, hay horizonte. El público entusiasmado la aplaudió unánime repetidas veces, haciendo salir á las tablas al pintor. Pocas piezas se han visto en los teatros de Madrid con iguales ó semejantes decoraciones.

Anoche en el del Príncipe, se verificó la primera representacion del drama traducido del frances, intitulado el *Pirata*. Este no ha sido tan feliz como el del Circo. Desde el primer acto se vió lo descontento del público; el que se equivoca pocas veces; en el tercero lo manifestó con algunos silvidos, siendo á su final la silva completa. El drama es malo; la representacion no fue mas que mediana.

DIRECTOR Y EDITOR,
FRANCISCO DE P. MELLADO.